PRESENTACIÓN DEL RELATO DE PRÁCTICA PEDAGÓGICA

Facultad de Arte y Diseño - Universidad Nacional de Misiones

Eje temático:

Eje 4: Prácticas como espacio de co-formación docente: narrar, reflexionar, investigar.

Título del relato pedagógico:

Entre estudiantes y docentes: el adscripto como puente.

Nombre completo del autor o autores:

Encina Gularte Alejandra Beatriz, Lescano Brisa Jael, Schefer Jose Yunior.

Correo electrónico del autor/es:

gulartealex16@gmail.com , brisalescano2003@gmail.com , joseschefer4@gmail.com

Institución u organización en la que se realiza -o realizó- la práctica en educación artística y/o educación tecnológica:

Universidad Nacional de Misiones, Facultad de Arte y Diseño.

Nivel Educativo y año/curso (si fuese en contexto formal); o enunciar otros escenarios y organizaciones en que se realizó; condiciones en que surge esa práctica educativa):

Adscripción en segundo año en la cátedra de Estrategia Docente I, en las carreras de Profesorado en Arte y Tecnología.

Palabras claves (hasta 5)

Adscripción – Formación – Aprendizaje- Reflexión- Rol Docente.

Nuestra experiencia de adscripción se desarrolló durante aproximadamente seis meses en la materia Estrategia Docente I, perteneciente a las carreras de Profesorado en Artes Plásticas y Profesorado en Educación Tecnológica. Fuimos un grupo de tres estudiantes que asumimos el rol de adscriptos, principalmente desde un lugar de asistencia y acompañamiento. Desde el comienzo entendimos la adscripción como un espacio de acercamiento al que será uno de nuestros próximos pasos profesionales: la docencia.

Nuestro lugar dentro de la cátedra se encontraba, de alguna manera, en un punto intermedio. Seguíamos siendo estudiantes, pero comenzábamos a acercarnos a algunas responsabilidades y situaciones propias del trabajo docente. Esta experiencia se relaciona con lo planteado por Trybalski Eichholz, Iparraguirre y Ramírez (2026), quienes entienden la adscripción como un espacio formativo situado entre el ser estudiante y el ser docente, que permite participar de prácticas pedagógicas y comenzar a construir una identidad profesional.

Llegamos a esta experiencia con muchas expectativas, pero también con nervios e inseguridades. Nuestro primer acercamiento ocurrió desde el primer día de clases, cuando fuimos presentados como parte del equipo y colaboramos en la conformación de los grupos para una actividad. Para nosotros, aunque se tratara de una tarea sencilla, significaba asumir por primera vez un lugar diferente dentro del aula. Nos preguntábamos cómo nos iban a percibir los estudiantes y cómo debíamos desenvolvernos en ese nuevo rol.

Habíamos intentado prepararnos mentalmente para participar, pero hubo algo que no esperábamos completamente: la dificultad para lograr una comunicación inmediata con los estudiantes. Comprendimos que no siempre existe una respuesta del otro lado y que las situaciones dentro del aula no necesariamente se desarrollan como uno las imagina. Esto nos permitió comenzar a entender que enseñar no implica solamente transmitir algo, sino también observar, esperar, escuchar y encontrar diferentes formas de relacionarse con quienes están aprendiendo.

Durante los seis meses acompañamos todas las clases. Nuestras tareas estuvieron relacionadas con el seguimiento y la asistencia: controlábamos las entregas realizadas en el aula virtual, tomábamos asistencia, registrábamos mediante una bitácora diferentes situaciones que surgían durante las clases y comunicábamos a las docentes cuando existían situaciones particulares que podían estar afectando la cursada de algún estudiante. También colaborábamos con la presentación audiovisual de las actividades del día.

No realizamos propuestas pedagógicas propias ni estuvimos a cargo de las clases. Sin embargo, el hecho de acompañar todas las clases nos permitió observar aspectos de la enseñanza que desde el lugar de estudiante muchas veces no llegamos a percibir. Pudimos ver la paciencia, la tolerancia y el interés de las docentes por sus estudiantes, así como la capacidad de enfrentarse a situaciones inesperadas y continuar sosteniendo el espacio de enseñanza.

Esta observación modificó nuestra manera de entender la docencia. Antes de la adscripción pensábamos que la importancia del trabajo docente estaba principalmente en conocer los contenidos y tener una buena organización. Después de la experiencia seguimos considerando estos aspectos fundamentales, pero entendemos que no son suficientes. Trabajar con personas implica tener en cuenta que cada estudiante atraviesa situaciones diferentes y que esas situaciones pueden influir en su manera de cursar y participar.

Esta cuestión adquirió especial importancia al relacionarnos con estudiantes que se encuentran transitando los primeros años de sus carreras. Desde nuestra propia experiencia conocíamos las dificultades que puede representar el segundo año, debido a la cantidad de materias y la carga horaria. Pero también comenzamos a observar que los estudiantes están atravesando una etapa en la que empiezan a asumir nuevas responsabilidades y a desenvolverse en una vida más cercana a la adultez. Por eso, las dificultades en la cursada no siempre tienen que ver exclusivamente con lo académico.

En este sentido, sentimos que en determinados momentos pudimos ocupar un lugar de puente entre los estudiantes y las docentes. Cuando surgían consultas relacionadas con situaciones de la cursada, podíamos escuchar y acompañar desde nuestra propia experiencia.

En algunas ocasiones brindábamos consejos o ayudábamos a pensar determinadas situaciones antes de recurrir a las docentes. Nuestra cercanía como estudiantes nos permitía comprender algunas dificultades porque nosotros mismos habíamos atravesado experiencias similares.

Esta idea se relaciona con lo planteado por los autores cuando presentan al adscripto como una figura de puente y mediación. El adscripto conserva la experiencia de haber estado en el lugar del estudiante, pero comienza a asumir una responsabilidad diferente dentro del espacio pedagógico.

También participamos en algunas conversaciones vinculadas con decisiones de la materia, especialmente respecto de fechas de entrega, fechas disponibles y actividades extracurriculares organizadas por la Facultad. En estos casos, nuestro conocimiento de las fechas y de las actividades nos permitía aportar nuestra opinión. Aunque no tomábamos las decisiones finales, comenzar a participar de estas discusiones hizo que nuestra mirada se desplazara de nuestra propia cursada hacia las necesidades y posibilidades del grupo.

Fue en estos momentos cuando comenzamos a sentir con mayor claridad que estábamos ocupando un lugar diferente. Ya no éramos solamente estudiantes observando una clase, sino que empezábamos a pensar cómo determinadas decisiones podían afectar a otros estudiantes. Al mismo tiempo, uno de nuestros principales desafíos fue reconocer hasta dónde llegaban nuestras responsabilidades como adscriptos. No siempre teníamos claro cuáles eran los límites de nuestro rol: cuándo correspondía intervenir, cuándo acompañar y cuándo simplemente observar. Esta incertidumbre fue parte importante de nuestra experiencia.

Podemos relacionar esta dificultad con la idea de “intermedio” desarrollada por Trybalski Eichholz, Iparraguirre y Ramírez (2026). Los autores plantean que esta posición implica cierta incertidumbre porque quien la ocupa ya no está únicamente en el lugar del estudiante, pero tampoco es todavía un docente plenamente instituido. Esta situación puede convertirse en una “incomodidad productiva”, ya que permite comenzar a reconocer las tensiones y complejidades propias de la práctica pedagógica.

Otro aprendizaje importante fue comprender el valor de la improvisación frente a lo imprevisto. La experiencia nos mostró que, aunque la planificación y la organización son necesarias, una clase siempre puede presentar situaciones que no fueron anticipadas. Observar cómo las docentes respondían a estas situaciones nos permitió comprender que enseñar también requiere capacidad de adaptación y toma de decisiones.

Esto se relaciona con la idea de que la docencia no consiste simplemente en aplicar fórmulas, sino en tomar decisiones frente a las características concretas de cada grupo. También valoramos especialmente el interés de las docentes por mantener un diálogo abierto con los estudiantes. Nos resultó significativo observar que en algunas propuestas podían expresar sus opiniones sobre los trabajos, las evaluaciones y otras decisiones relacionadas con la materia. Esto nos permitió comprender que el vínculo pedagógico no tiene por qué construirse desde una posición distante, sino que puede sostenerse mediante la escucha y la participación.

Al finalizar esta experiencia, nuestra mirada sobre la docencia había cambiado. Comprendimos que conocer los contenidos y saber organizar una clase son aspectos importantes, pero que enseñar también implica trabajar con personas, reconocer sus particularidades, escuchar, adaptarse y construir vínculos.Consideramos que podríamos habernos involucrado más en el desarrollo de las clases y haber propuesto más intervenciones. También creemos que nos afectó el hecho de no haber comenzado desde el inicio del ciclo lectivo, ya que contar con una visión completa del proceso desde el comienzo quizás nos habría permitido involucrarnos de otra manera.

Sin embargo, reconocemos que esta experiencia fue valiosa justamente porque nos permitió comenzar a habitar ese lugar intermedio. No terminamos la adscripción siendo docentes completamente formados, pero sí con una comprensión diferente de lo que implica enseñar. Aprendimos desde la observación, el acompañamiento, la interacción con los estudiantes y la participación en pequeñas decisiones.

Por eso, sistematizar esta experiencia nos permite mirar nuevamente aquello que vivimos y reconocer aprendizajes que quizás durante la cursada no habíamos identificado. La adscripción dejó de ser para nosotros solamente un espacio de asistencia y se convirtió en una instancia de formación. Como señalan los autores, la identidad docente no se construye como algo terminado, sino como una práctica en proceso atravesada por la experiencia, la reflexión y el compromiso.

En definitiva, esta experiencia nos permitió comprender que formarse para enseñar no significa solamente aprender a planificar o dominar contenidos, sino también aprender a mirar a las personas, tomar decisiones, adaptarse a lo inesperado y reflexionar sobre las propias prácticas. La adscripción nos permitió dar uno de nuestros primeros pasos hacia ese lugar, todavía intermedio, pero cada vez más cercano a la construcción de nuestra identidad como futuros docentes.

Referencias bibliográficas

Trybalski Eichholz, I., Iparraguirre, J., & Ramírez, P. (2026). Habitar el intermedio: La adscripción como experiencia formativa en la docencia universitaria. Conocimiento Educativo, 13, 13–21. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.20396/pr.20396.pdf